

José Antonio Aguilar, *La sombra de Ulises. Ensayos sobre intelectuales mexicanos y norteamericanos*, México, Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa/CIDE, 197 p.

Rafael Rojas

La muerte de Octavio Paz puede verse como una alegoría más de la desaparición del público intelectual en México. La cultura mexicana vive en estos meses un vacío semejante al que vivió la francesa tras la muerte de Sartre. A principios de los ochenta, buena parte del medio filosófico francés (Foucault, Barthes, Deleuze, Derrida, Bourdieu, Lipovetsky, Morin, Baudrillard...) superó aquella orfandad criticando la representación totalizante que se atribuía el intelectual moderno —en su afán de establecerse como la “voz de la nación”— y desplazando el discurso hacia territorios menores, o poco visibles, donde ejercer la intervención pública. ¿Cómo sobrellevarán los intelectuales mexicanos su propia orfandad?

José Antonio Aguilar ofrece, tal vez, la premisa más oportuna: medir el espacio público, repensar la función social de los intelectuales, proponer un ámbito moral, una zona de respeto y decencia para la discusión de los temas urgentes del México contempo-

ráneo. Sus observaciones son realistas y, por tanto, desalentadoras: la esfera pública se contrae cada día más, la sociabilidad intelectual se fragmenta en pequeñas mafias, la comunicación se envilece, los duelos pierden aquella elegancia, aquel civismo de antaño, y son las peores pasiones —y no las mejores razones— las que se disputan el poder de la cultura. Aguilar, muy dado a la sentencia breve y conclusiva, resume este cuadro terrible en una frase: “el país es cada día más grande, su vida cultural es cada vez más pequeña”.

El autor de *La sombra de Ulises* está consciente de que su jeremiada corre el riesgo de la nostalgia, cuando no de la mitificación de ciertos legados intelectuales. Pero aun la más moderna de las críticas, como advierte Reinhart Koselleck, es siempre quejumbrosa y nostálgica. Aguilar decide, entonces, protegerse desde las primeras páginas y asumir la nostalgia como una doble energía moral que conduce, por un lado, a la restaura-

ción, y por el otro, a la reforma. Los años de Caso, Reyes, Vasconcelos, los contemporáneos y los muralistas aparecen, pues, como una *golden age* de la cultura mexicana, en la que todavía era posible conciliar cierto nacionalismo con una vocación universalista. Justo aquí, el autor nos coloca frente a una paradoja poco advertida: el agotamiento del nacionalismo revolucionario en las tres últimas décadas del siglo XX ha producido un campo intelectual menos abierto y refinado, más mediocre y ensimismado. Asiduo lector de Tocqueville, Aguilar parece seguir de cerca aquel capítulo de *La democracia en América* que versaba sobre la "fisonomía literaria de los periodos democráticos". El México de hoy es más democrático y, por tanto, menos culto.

Un modo de medir el enclaustramiento de la cultura es observar las altas y bajas en la comunicación intelectual con los Estados Unidos. Esta historia dialógica o especular de ambas comunidades es, a mi juicio, la principal virtud de *La sombra de Ulises*. La Revolución hizo de México un vecino singular, exótico, cuya simpática barbarie atrajo lo mismo a ideólogos errantes como John Kenneth, John Reed y Frank Tannenbaum que a musas y bohemios como Katherine A. Porter, Carleton Beals y Alma Reed. Pero por debajo de aquella curiosidad se tejían firmes redes de intercambio espiritual, como se palpa en la relación entre el antropólogo Franz Boas y su discípulo Manuel Gamio, la poderosa influencia de las ideas de John Dewey en Moisés Sáenz y la pedagogía mexicana de los años veinte o la extraña convergencia de dos intelectuales disímbolos, José

Vasconcelos y Robert Maynard Hutchins, en una misma percepción de la cultura occidental.

De la mano de Christopher Lash y Russell Jacoby, José Antonio Aguilar llega a la conclusión de que esos "puentes" entre las dos culturas se derrumban porque ambas "plazas" culturales tienden a desaparecer. Dicho con palabras de Ángel Rama: primero se pierden las ciudades y luego los letrados. En los Estados Unidos la excesiva profesionalización académica ha fragmentado el espacio público en enjambres de pequeños *campus*. En México, por el contrario, la insuficiente profesionalización y el desbordamiento poblacional desatan una contracción de la esfera pública. El resultado es que las elites intelectuales de ambos países trascienden sus propias identidades nacionales y, en vez de comunicarse con mayor fluidez, aprenden a relacionarse como perfectos extraños, como vecinos distantes o, en el mejor de los casos, como enemigos íntimos.

A partir de un ensayo de Luis Villoro, Aguilar marca el punto de involución de la cultura mexicana en 1960, aunque a veces prefiere 1968, un año más emblemático. Y desde la distancia de tres décadas se pregunta:

¿Dónde quedaron las discusiones sobre el alma de la cultura que en el pasado capturaron la imaginación de los intelectuales mexicanos? ¿Dónde los debates sobre la infraestructura espiritual de la nación, sobre el relativismo filosófico expresado en el papel del libro y de la educación, que se encontraban en el centro de la controversia sobre De-

wey en México y los Estados Unidos por igual? ¿Dónde los apasionados debates entre nacionalistas y cosmopolitas? Las polémicas de los setenta, ochenta y noventa registran el empobrecimiento del debate público.

Es difícil no compartir estas preocupaciones sobre la indiferencia del medio intelectual ante cuestiones tan caras a la cultura como la educación, el mercado de las ideas y la industria editorial. Es ponderable, incluso, esa apasionada invitación a colocar, nuevamente, el dilema nacionalismo-universalismo en el centro del debate. En fin, es casi irrefutable la observación que motiva las demandas de *La sombra de Ulises*: el espacio público mexicano, en las tres últimas décadas, se ha vuelto más vulgar y pequeño. Sólo es algo perturbador el hecho de que ese llamado se haga la pregunta por "el alma de la cultura". Ni siquiera una nostalgia por los tiempos de Ramos, O'Gorman, Zea y el primer Paz justificaría dicha regresión del discurso, ya que para éstos, lectores cautivos de Heidegger, se trataba más bien de la pregunta por el "ser de la cultura". La noción de "alma" nos llevaría de vuelta a las poéticas románticas, es decir modernistas, de un Gutiérrez Nájera, un Tablada o un Nervo.

Para ilustrar ese "empobrecimiento del debate público" Aguilar se centra en las polémicas que han suscitado tres importantes escritores: Carlos Fuentes, Enrique Krauze y Jorge G. Castañeda. La elección se debe a que los tres han incursionado en el medio editorial y académico norteamericano, afianzando, con ello, una posición representativa dentro y

fuera de la cultura mexicana. Aguilar aplaude dicha estrategia intelectual por su cosmopolitismo, pero critica la imagen estereotipada del pasado y el presente de México que estos autores ofrecen. Su crítica nos persuade, otra vez, de una condición paradójica: los intelectuales con una práctica más cosmopolita son, muchas veces, los que articulan el discurso más nacionalista. La excepcionalidad de México, el carácter incompatible de su cultura, la estetización de sus tradiciones, el orden mítico de su tiempo, son siempre los temas que dan vida a una escritura con voluntad de representación nacional, por muy liberal o democrática que ésta sea.

Leer un libro es siempre reescribirlo a espaldas de su autor. Se me ocurre que hubiera sido interesante complementar el estudio de estos tres casos con el de otros intelectuales públicos como Gabriel Zaid, Carlos Monsiváis y Héctor Aguilar Camín, cuyas ideas circulan, fundamentalmente, dentro de la opinión nacional mexicana e incluso alcanzan cierto margen de recepción en los círculos empresariales, políticos y culturales del país. Tal vez una mirada más amplia sobre el estado de la esfera pública en América Latina habría confirmado algo difícil de admitir para un joven intelectual mexicano que se propone, como diría Reyes, "adecentar su cultura": México es, quizá, el país latinoamericano con la mayor "infraestructura espiritual" y con el espacio público más ancho del subcontinente. "Algo es algo", como diría un profeta de mi tierra. Aunque tampoco dejo de percibir que ésta es la hora de Jeremías en la cultura mexicana.